

XIX DOMINGO ORDINARIO B/2006

La vida humana es a veces difícil y aplastante; las privaciones y los malentendidos pueden causar de tal modo que se hace simplemente no sólo insoportable, sino también imposible de vivir. Cuando esto pasa, la gente a menudo dice: “Ya tengo suficiente, no puedo hacerlo más”. Si esto nunca le pasara, podría decirle que usted es feliz. Pero en realidad, esta es una experiencia humana normal que puede venir a nuestra vida en cualquier momento. Cada uno de nosotros ha estado un día o el otro confrontando dificultades tal que la vida le parece muy dura. Esto es esta experiencia muy humana que el profeta Elías tuvo como lo oímos en la primera lectura.

El profeta Elías se quejaba por la persecución que tuvo que sufrir, después de que él predicó contra el rey Ajab y el pueblo de Israel por haber abrazado a dioses extranjeros y abandonando a Yave. Aquellos, infelices por su mensaje, tratan de matarlo. Para salvar su vida, él huye al desierto para refugiarse ahí; pero cruzar el desierto era tan áspero que él se rindió en la desesperación. Era que en aquel momento el profeta se sintió tan triste, cansado y solo que él pidió que Dios le dejara morir.

Y aunque el mensaje que el profeta predicó no era de él sino de parte de Dios. Él hizo sólo lo que se le pidió que él hiciera. Por eso Dios interviene para mostrarle que él no está solo aunque él tenga que pasar por el sufrimiento, que Dios está con él. Dios le envía un ángel para consolarlo y alimentarlo para restaurar su fuerza. Noten que Dios no exime a Elías de la prueba; él tiene que seguir siguiendo con su viaje difícil.

El desierto que Elías tiene que cruzar es el símbolo y la imagen de nuestras vidas. Los conflictos, las privaciones y las tormentas de la vida pueden ser tal en nuestras vidas que nos sentimos deprimidos y solos. A veces, estamos tan agitados y queremos escaparnos. Si en tal situación, usted ha sobrevivido y no renuncia a sus deberes ni deja de cumplir con su obligación, esto le dice a usted que de una manera misteriosa, Dios le envió su ángel para sostenerle y ayudarlo en tal situación. Es Dios que le da el valor para enfrentar los golpes que la vida nos da; es Dios que da el alimento verdadero para restaurar nuestra fuerza cuando estamos cansados de la vida.

Todo esto nos ayuda a entender por qué Jesús se presenta en el Evangelio de hoy como el pan de vida. De hecho, Dios ha enviado a su hijo en el mundo, no para condenarlo, sino que a través de él, tengamos vida y en abundancia. Cuando el Padre y el Hijo son uno, resulta que ver al Hijo es ver al Padre; dar la bienvenida al Hijo es dar la bienvenida al Padre. Por consiguiente, lo que el Hijo de Dios da es vida en abundancia. La palabra que él da es vida para el mundo; el pan que él da, trae la vida al mundo. Como el Padre vive eternamente y ha dado la vida eterna al Hijo, el Hijo da la vida eterna a aquellos que creemos en él.

En esta perspectiva, cuando Jesús habla del pan de vida que él da, no es tanto al pan material al que se refiere sino a él mismo. Es todo sobre su carne ofrecida para la salvación del mundo. Es todo sobre su Palabra que da la vida y que la gente debe asimilar hasta que esto se haga parte de ustedes mismos.

Este proceso está en contraste con lo que le pasó a Moisés, porque aunque sus padres a quien los judíos se refieren comieran el maná en el desierto, y aún así ellos murieron. Pero quien come del pan que viene de Jesús vivirá para siempre. Aquí está el escándalo del Evangelio, a saber que Dios está entre nosotros en una persona, y un hombre como nosotros, y que este Jesús da la vida al mundo.

Era tan difícil para judíos aceptar tal verdad porque ellos conocían a Jesús y su familia. Él creció entre ellos. Ellos sabían todo sobre él: su madre, su padre, y sus parientes... ¿Cómo podría él decir que él viene del cielo? ¿Cómo podría un hombre pretender parecerse a Dios? Por supuesto, Jesús

confiesa que nadie ha visto a Dios, pero él también declara que si uno quiere alcanzar a Dios y conocerlo, él tiene que pasar a través de él. En otras palabras, la humanidad de Cristo es un medio para alcanzar a Dios; esto es un camino que conduce al Padre. Su humanidad, débil y frágil, es el alimento verdadero enviado del cielo capaz de satisfacer la necesidad de un presente de vida lleno en el corazón de cada persona.

Esta palabra de Jesús a los Judíos es verdadera aunque ellos no lo acepten. Él es el pan que satisface nuestra hambre y renueva nuestra fuerza. Quien viene a él y reconoce que él es la revelación de la voluntad del Padre, vivirá para siempre. A aquellos que aceptan a Cristo y se alimentan del pan de cielo, San Pablo recomienda hoy que se dejen guiar por su Santo Espíritu y sean imitadores de Dios amándose unos a los otros.

Para concluir, déjeme decir esto: En el tiempo de privaciones, podemos compartir nuestros problemas y dificultades con otros con la esperanza de encontrar el consuelo y la ayuda. Pero, nunca debemos olvidar cuanta luz, consuelo y fuerza podemos encontrar si nos alimentamos con el pan de la palabra de Dios. Nunca debemos olvidar que es Dios que actúa por las palabras alentadoras y el consuelo de amigos y parientes.

Una segunda cosa que me gustaría decir es esto: América es un país donde hay una abundancia del pan y alimento. Cuando a veces entro en una panadería, me impresiona la variedad y los tipos del pan expuesto. Pero estoy bastante seguro que aun si hay gente que está en la abundancia, allí todavía son muchos quienes anhelan el pan verdadero. Cuando venimos para descubrir, más allá de nuestro alimento ordinario, que Jesús es nuestro verdadero alimento, nos abrimos a aquellos que no tienen nada, porque podemos compartir lo que hemos ganado como bendición de Dios. Hoy, en la Eucaristía, Jesús nos toca con la compasión y nos dice “despertar y comer”. Todavía tenemos un viaje largo delante de nosotros, con tentaciones y problemas; tenemos que ser consolados. Despertemos y comamos el verdadero alimento que da el Hijo de Dios.

Ahora quiero terminar con una historia: un hombre estaba perdido en un desierto. Cuando él estaba cansado, hambriento y sediento, él vio desde lejos palmeras y hasta oyó el correr del agua. Pero, él se dijo: “esto es sólo una ilusión; mi mente me traiciona”. Desesperado e inconsciente él se cayó y en el calor del desierto, él murió. - Cuando pocos minutos más tarde, dos Beduinos pasaron, ellos exclamaron y se dijeron como este tipo falleció a pocos metros de una fuente del agua, y con las nueces colgando casi en su boca. - Entonces uno de ellos dijo: ¡“El era un hombre moderno!” El hombre moderno sabe mucho sobre el mundo, ciencia, historia, economía, etc. Hombres modernos, sabemos más que nuestros antepasados y nosotros tratamos de explicar todo con nuestra ciencia. Pero nosotros los hombres modernos, nos hemos hecho presos de nuestro conocimiento, que hemos perdido la habilidad de sorprendernos con lo que no conocemos. Como los hombres en el Evangelio que piensan que saben mucho sobre la Familia de Jesús, ellos no pueden aceptar que Jesús es el pan de vida. Como el hombre perdido en el desierto, el hombre moderno muere, hambriento y sediento, enfrente de una casa llena del pan que da la vida.. Jesús es el pan de vida, quienquiera que come de su pan vive para siempre. Que Dios los bendiga a todos.



Fecha de Sermón: Agosto 13, 2006

© 2006 – Padre Felicien Ilunga Mbala

Contacto: www.mbala.org

Nombre de Archivo: 20060813homilia.pdf